

quedara frio como una estatua, y no tuviera cosa que decir en respuesta. La turbacion del criminal desconcertó al prócer, quien le preguntó nuevamente qué pensaba de aquello. Paris balbuceó algunas palabras confusas en cuya confusion se notaba la estimacion que hacia de caso tan grave. Y al verlo así desconcertado Bothwell preguntóle con sonoras carcajadas y acerbo sarcasmo si pensaba meterse á predicador. Y entonces Paris, mas animado, le respondió que no necesitaba un hombre como él meterse á eclesiástico, para presentir y anunciar cuánto habia de daño para él y para su dueño mismo en complot tan terrible. «No seas bestia, le dijo Bothwell. ¿Crees que hago yo todas estas cosas por mi mismo?» El pobre criado mucho mas sabio que aquel soberbio señor, y mucho mas advertido por su buen consejo de los enormes peligros que todos corrian, insistió en disuadirle de sus propósitos, y en aconsejarle una inmediata suspension á todas aquellas maniobras. Mas no habia remedio. El caballero feudal, á quien Paris acompañara en todos sus riesgos, arguyóle con acierto de cobarde, y á un argumento así no se resistia jamás el bravo, el condotiero, el espía, el esbirro, el asesino de aquellos tiempos. Paris entró con desmayo de la voluntad, con repulsion de la conciencia, en horrible trama; pero entró al cabo, porque tales hombres no se pertenecian á sí mismos, y resultaban á la postre de todas estas complicaciones tristísimas, ciegos y meros instrumentos de la voluntad superior, á la cual se hallaban como vinculados y adscritos. Así, prontamente, sin mas resistencias, tomó en las confabulaciones parte activa, encargándose de forjar las dobles llaves; elegir el sitio mejor en el Prebendario para colocacion de la cama donde iba María en aquellas noches á dormir; juntar los instrumentos necesarios á la perpetracion del crimen, como espadas, puñales y barriles de pólvora. Y Paris fijó el dia de la comision del delito, es á saber, el domingo 9 de febrero del año 1567.

Era la noche aquella oscurísima noche, como la proterva conciencia de los que habian concebido é iban á ejecutar el crimen. La bóveda celeste se oscurecia, cual si no quisiese presenciar tantas maldades, y cegara profundamente, sumergiéndose, con horror, en las tinieblas, á fin de no prestar la luz de los astros á la conciencia de los asesinos. El Rey consorte se hallaba, por aquellos dias, en serena tranquilidad, ageno á toda sospecha, y confiado, segun las caricias de María, en el recobro y posesion de aquella idolatrada mujer,

en cuya presencia sentia conmovidas y exaltadas todas sus pasiones y despertos y exacerbados todos sus deseos, amándola con el amor vehementísimo, que solia inspirar al corazon de cuantos la rodeaban con sus halagos embusteros y con sus seductores hechizos. Y si hubiera el Rey parado mientes en todo cuanto á su alrededor sucedia por aquellos momentos, adivinara ó presintiera, sin remedio, alguna triste tragedia de las usuales en aquellas cortes y en aquellos tiempos. Los conspiradores no se recataban gran cosa, y so pretexto de arreglarlos y componerlos, metian infernal ruido en los bajos de aquella estrechísima caseta, especie de trampa, donde los cazadores tenian presa y segura su caza. Los barriles de materias explosibles habian rodado sin disimulo á la vista de todos. La cama de María Estuardo habíanla trasladado sin reserva, desde un punto á otro punto de la estancia, porque donde antes yacia era el punto designado para centro de la mina y foco de la explosion, que habia de arrojar por los aires la régia vivienda con todos sus habitantes. Para mayor delacion del plan horrible por los hechos externos, habíanse probado llaves dobles, y puesto por do quier palanquetas con otros instrumentos, y desposeídose á las habitaciones bajas, donde pernoctaba la Reina, de todos los objetos de valor y mérito, como tapices de Arras, sillones de terciopelo, y alfombras de plumajes. El amor habia puesto velo tupidísimo en la mirada tanto interna como externa del infeliz monarca; y sus ojos deslumbrados, solo veian los ojos de su amada, y su corazon, de placer henchido, solo acertaba, en aquel arrobamiento, á oir los latidos del corazon de María, en el cual se compendiaba para tan rendido amador toda la existencia.

Estaba minado el suelo, preparadas las llaves, puesto el barril bajo la cama régia, designada la hora de media noche á la comision del crimen, apercebidos los regicidas, formuladas las consignas, arreglado todo, cuando María Estuardo, á eso de las nueve, apareció, radiante de alegría en la régia estancia del cuitado esposo, próximo á la muerte. Nunca estuvo, ni tan regocijada, ni tan seductora. Sus ojos centelleaban amor; sus labios despedian aquel aroma voluptuoso, que, á guisa de los vapores del vino viejo, marearan tantas cabezas; sus gestos, mas halagüeños, que nunca, y sus ademanes, atractivos de suyo, y acrecentados entonces en sus atracciones adrede, tenian toda la seduccion fabulosa de las imaginarias sirenas, cual su corazon todas las



sirtes; y hablaba con el abandono de quien se aturde para olvidar algo molesto, y con la elocuencia propia de quien tiene una fantasía vivaz y una sensibilidad movediza, las cuales, á cada paso, estallañ, por su propio íntimo natural, en fuegos artificiales de mentidas y engañadoras palabras. Y mientras María le hablaba de su amor, de sus caricias, de sus esperanzas, de sus proyectos para lo porvenir, en el cuarto de arriba; ¡oh! en el cuarto de abajo, los asesinos, congregados ya, lo preparaban todo para el sacrificio, con la fría indiferencia del carnicero que apercibe y prepara una res á la muerte. Bothwell, aquel amante, que debía sustituir en la cama nupcial á la víctima, como Rey futuro de la perturbada Escocia, y tercer marido de la proterva María, daba órdenes desde las cámaras del palacio real, para consumir el infame atentado, y dirigia en tropel, con varias consignas, á los asesinos, para que no se perdiese la menor minuciosidad, y no marrase de ningun modo el terrible golpe. Así, á las once de la noche, Paris, el jefe de la tremenda confabulacion, subió al cuarto de los esposos á fin con su presencia de recordar á la Reina como habia sonado la hora de partirse y entregar el Rey á su horrorosa suerte. María estaba comprometida con Darnley, segun espontáneas promesas á pasar todas aquellas noches á su lado. Por consiguiente maravillóse mucho este de que se fuese, y le preguntó con cierta reconvencion amorosa cómo así faltaba en aquel momento, á su real palabra tan creida por el amor de su alma, y cuyo cumplimiento necesitaba su enamorado corazon.

La taimada mujer dijo al amante marido que aquella tarde se habia casado una de sus damas favoritas con uno de sus favoritos gentiles-hombres; y celebrándose bailes, conciertos, y otras fiestas, en su propio real palacio, necesitaba sin remedio, asistir y honrar tan legítimos y naturales saraos, segun promesa dada solemnemente, con su real persona y presencia. El Rey sintió mucho la resolucion de su esposa y Reina; pero, sometido á tan soberana voluntad, no sospechó un punto de lo sincero de sus excusas, tanto mas cuanto que le prometiera volver á la mayor brevedad posible y pasar pocas horas en los regocijados salones. Despues de una corta porfía, inevitable cuando el amor trata de ausencias, Darnley besó la mano de su esposa, y María le miró para salir con su mas amoroso mirar. Aquel beso de Darnley, clavado en la mano de María, y aquella mirada de María, clavada en los ojos

de Darnley, fueron las últimas expresiones de cariño cambiadas en el régio matrimonio antes de la eternal separacion. María vió las falsas llaves que franqueaban las vendidas puertas; pisó la pólvora derramada en el suelo con sus breves y ligeros piés; miró cara á cara los siniestros esbirros preparados al infame asesinato; y sin experimentar ninguna vacilacion de las naturales en trances tan supremos; y sin retroceder la vista de tantos preparativos aparejados contra el esposo de su corazon y contra el padre de su hijo; lanzóse con aire descuidado y ligero, cual si ningun peso apesadumbrara su ánimo, á los placeres y vértigos de la fiesta, pasando del oscuro copo, donde se hallaba un hombre preso para la muerte por su confianza en ella y por su amor, al iluminado castillo, cubierto de guirnaldas y preseas, donde se oian las cadencias de las orquestas y los pasos de la danza en mezcla con el orgiástico choque de las copas y el voluptuoso eco de mil alegres sensaciones.

En cuanto el Rey se vió libre de la fascinacion, que sobre su ánimo ejercia la Reina, entregóse á tristes presentimientos, y aun á incontrastables sospechas. Quizás, de haber obedecido á las inconscientes voces interiores que le daba ese amor de la propia conservacion tan vivo en todos los séres, huyera, en aquel instante revelador, y lograra poner en cobro su persona. Las sombras que rodeaban el palacio, los golpes siniestros que se oian, el rostro de los asesinos, debieron moverle á tomar alguna precaucion, tanto mas cuanto que, á cada paso, habia celadas, y celadas terribles, en aquellas viviendas régias del siglo décimosexto. A mayor abundamiento un jóven, que le acompañaba con asiduidad á todas partes, su paje predilecto, fué á verle, todo azorado, y á decirle cómo notaba en la humilde mansion algo verdaderamente singular y extraño. El Rey serenó á Taylor, que así el paje se llamaba, sin que la serenidad sugerida con empeño á este, dominase con gran dominio en su alma. Pero, retenido por el amor á María, todo alejamiento de la siniestra casa lo alejaba de la querida esposa, y él queria vivir junto á ella, prevaleciendo más en su ánimo el amor de amante y el orgullo de Rey que las proyecciones á la propia conservacion y el apego á la vida. Taylor, que no habia de aventajar en temor al mas amenazado, fuese á dormir tranquilo, y concilió un sueño, natural en la descuidada juventud, sueño que debia ser último y eterno. Entonces Darnley, enteramente solo, entregado á sus pensamientos,



debió sentir algo misterioso y extraño, cuando tomó la Biblia, y abriéndola por los salmos al acaso, leyó el sesenta y cinco y sus sublimes alabanzas á Dios, como si presintiera que bien pronto habia de ser llamado á la divina presencia. ¡Cuán apropiado el salmo á la extraordinaria situacion! Los loores á Dios se levantan del alma espontáneamente, como las opaladas nieblas parecidas á nubes de incienso en las mañanas de Sion. Las oraciones toman alas, y vuelan hácia el trono de aquel, á quien todas las criaturas convierten sus deseos. Las iniquidades horribles del mundo son sobrepujadas y vencidas por la divina misericordia. Las puertas del templo se abren á los requerimientos de aquellos que menos lo merecen; y sus consuelos caen sobre las almas afligidas. Dios es la salud, la esperanza de cuantos habitan en los espacios de la tierra y en los confines de los mares, porque á todas partes su justicia se dilata y extiende. Solo él puede guardar las montañas en sus bases, los mares en sus lechos, las gentes en su paz. Solo él puede acallar la voz del trueno retumbante y de las olas alteradas. Porque Dios obra maravillas, pinta las alboradas del amanecer y los arreboles del ocaso, fecunda las tierras con su lluvia y prospera la germinacion de las semillas y el brote de los tallos; renueva las estaciones y cubre los campos de frutos despues de haberlos coronado de flores; aviva el desierto de rocío y el corazon de consuelos; puebla las colinas de ganado y los valles de espigas; y todas las cosas cantan porque todas resuenan á una en sus místicas alabanzas. Pocas, muy pocas veces se habrá visto un movimiento indeliberado responder á una situacion desconocida, como esta lectura, de suyo, respondia en aquellos momentos á la situacion del monarca. Engañado por su esposa, vendido y traicionado por sus súbditos, puesto y tendido alevosamente sobre los insondables abismos de una muerte próxima, las intuiciones del moribundo hicieronle ver que solo Dios podia, en tan terrible trance, acogerle y salvarle, pues el corazon de los hombres habíase á él cerrado con clausura inflexible. Mientras leia Darnley la Biblia, se aproximaba el asesino al asesinato. La campana del castillo real, donde se danzaba, dió la media noche; y al oír la convenida y señalada hora, despidióse Bothwell de aquella Reina y de aquella mujer, para matar al marido y al Rey. El baile se hallaba en todo su brillo; rompíanse los millares de luces en las facetas de los brillantes; sonaban con altos

acordes los instrumentos músicos en alegres sinfonías; trastornaba el vino escanciado en vasos de oro las cabezas mas fuertes; corrian damas y galanes en círculos varios, y formando caprichosas figuras; mientras los asesinos encendian las mechas que iban á prender fuego en aquellos momentos mismos á la mansion, donde un monarca confiado descansaba en el amor de su mujer, la cual no corria como debiera, en aquellas angustias, á detener las manos armadas de teas y de armas, las cuales se requerian así contra su esposo como contra su honor. Por el contrario la infeliz se daba con todo corazon á la fiesta y al placer, cual si aquella noche de crímenes y de horrores fuese una de las mas felices y tranquilas y risueñas noches de su régia existencia. El placer de los demás debia recordarle con viveza los dolores del preferido en otros dias por su corazon, si aquella mujer hubiera tenido conciencia. Su hijo, que apenas contaba unos cuantos meses, dormido en su cuna, bajo el mismo techo donde se celebraba el baile, debia servir de escudo al padre, si aquella madre hubiera tenido corazon. La naturaleza, la conciencia, la sociedad, su honor mismo, el trono que ocupaba, el pueblo que regia, su palabra real, su hijo á quien privaba de honra, de padre y hasta de madre, todo cuanto hay de sagrado bajo el cielo debia empujarla con fuerza incontrastable á ir en pos de los asesinos, y detenerlos y contrastarlos, antes que hiriesen el corazon de su marido y con aquel corazon su propio régio nombre. Pero no, vió salir á Bothwell con la resolucion del crimen pintada en su rostro; vió salir á los demás cómplices, de antiguo juramentados para la trama infernal; y aplicó los oidos con mayor intensidad á la música, los ojos á la danza, los labios á la copa.

En cuanto Bothwell abandonó el baile, fuese á una cámara vecina, para mudar de traje. Un vestido burdo, y de color oscuro, sustituyó al traje de terciopelo negro recamado de plata y forrado de raso, que llevara toda la noche. Vestido ya de tal suerte, y rebozado en largo manto, bajó por una escalera muy recatada, con todos sus cómplices, igualmente cubiertos hasta las cejas con sus gorras, y embozados en sus mantos. Atravesó así el jardin de la Reina, y se dirigió á la puerta Sur, la mas cercana ciertamente al sitio de la catástrofe. No se habia tomado la precaucion de desguarnecer ni el palacio ni los jardines; y los centinelas como vieran pasar con asombro aquellos extraños grupos les dieron el quién vive. La respuesta no resultó muy